

Sea
agradecido

SU CAMINO AL GOZO

Nancy Leigh DeMoss
con Lawrence Kimbrough



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad –con integridad y excelencia–, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Choosing Gratitude* © 2009 por Nancy Leigh DeMoss y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Sea agradecido* © 2010 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Los énfasis en las citas bíblicas pertenecen al autor.

Todos los sitios de Internet mencionados en este libro son exactos al momento de su publicación, pero podrían cambiar en el futuro o dejar de existir. La inclusión de referencias y recursos de los sitios de Internet no implica el aval de la editorial para con la totalidad del contenido de ningún sitio. Se han mencionado grupos, corporaciones y organizaciones con propósitos informativos, y su mención no implica el aval de la editorial para con sus actividades.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visitenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1214-1

1 2 3 4 5 / 14 13 12 11 10

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

GRATITUD

*Tú que tanto me has dado,
dame una cosa más: un corazón agradecido...*

*... clamo, y vuelvo a clamar;
Y no te dejaré tranquilo,
hasta que me quieras dar
un corazón agradecido.*

*No solo a veces agradecido,
como si tus bendiciones continuas no fueran;
Sino un corazón, cuyos latidos
en alabanza a ti sean.*

GEORGE HERBERT (1593-1633)

Con gratitud a

Byron Paulus, Director ejecutivo de Life Action Ministries

Uno de los mayores gozos de mi vida ha sido la bendición de servir junto a ti y Sue en el ministerio de avivamiento durante estos últimos treinta años, como parte del equipo de Life Action.

Y

Greg Thornton, Vicepresidente y editor comercial de Moody Publishers.

Qué privilegio ha sido colaborar contigo y con el equipo de Moody durante los últimos diez años, en la escritura y edición de (en este momento) diez libros.

Ustedes son dos amados amigos y consiervos.
Le doy gracias al Señor por su sabio liderazgo, sus buenos consejos, sus oraciones y su apoyo, todo lo cual me ha ayudado a seguir en la carrera y ser una sierva más útil para Cristo.

Soli Deo Gloria

CONTENIDO

Prólogo: Antes de comenzar	7
Introducción: Su invitación a la transformación	10
Capítulo 1: El poder de la gratitud	15
Capítulo 2: Culpa, gracia y gratitud	25
Capítulo 3: Cuando no se dan las gracias	39
Capítulo 4: ¿Por qué deberíamos ser agradecidos?	54
Capítulo 5: De la queja a la alabanza	70
Capítulo 6: ¿Cómo puedo dar gracias?	88
Capítulo 7: Gracias... por todo	103
Capítulo 8: Pero no sin sacrificio	115
Capítulo 9: Un cambio gratitudinal	132
Una posdata personal: Para aquellos que piensan: “¡Yo no puedo dar gracias en todo!”	149
Para crecer en gratitud: Una guía devocional de 30 días	155
Una oración de agradecimiento	215
Un agradecimiento sincero	217
Notas	219

PRÓLOGO

Antes de comenzar

Muchas personas hacen cosas *por* mí y *para* mí; al ser tetrapléjica y estar en una silla de ruedas, alguien me tiene que ayudar a levantarme de la cama, a servirme el café, a vestirme, a peinarme el cabello, a cepillarme los dientes, a sonar mi nariz... y siempre me apresuro a decir: “*Gracias*”. Y lo digo en serio.

Y además, lo digo muchas veces. Recuerdo un día que Judy, mi secretaria, entró a mi oficina y me pidió que le prestara \$10. Yo estaba ocupada, de modo que distraídamente le dije que sacara el billete de mi billetera, lo cual hizo. Cuando escuché que cerraba mi cartera, dije automáticamente y con voz alegre: “¡Gracias!”. Inmediatamente, una amiga que estaba conmigo me dijo: “¿Por qué le agradeciste? Ella es la que tendría que agradecerte a *ti*”. Creo que sencillamente estoy programada para expresar gratitud a las personas.

Oh, si tan solo fuéramos así con el Señor Jesús. Si tan solo estuviéramos mejor “programados” para ser agradecidos –no solo con las personas– sino con Él, y eleváramos oraciones de agradecimiento infinidad de veces al día. Lamentablemente, hay falta de gratitud –y a menudo *ingritud*– en nuestro corazón. Y esto es terrible. La falta de un espíritu agradecido conlleva varios castigos; una breve leída de Romanos capítulo 1 nos lo dice. Y si un espíritu carente de agradecimiento fuera la ruina de una generación de hace miles de años,

¿sería diferente para nosotros? De hecho, tú y yo conocemos mucho mejor a Dios que aquellos a quienes Él se les reveló por medio de la mismísima creación; ¡nosotros tenemos aun *más* cosas por las cuales estar agradecidos!

De modo que he estado dando gracias durante la mayor parte de mi vida de invalidez. La Biblia no solo nos dice que debemos dar gracias “*en todo*”, sino que debemos “[dar] siempre gracias *por todo* al Dios y Padre” (1 Ts. 5:18; Ef. 5:19-20). La mayoría de nosotros puede darle gracias a Dios por su gracia, su consuelo y su poder que nos sustenta *en* una prueba; pero no le damos gracias *por* la prueba, por el solo hecho de encontrarnos en ella.

Pero varias décadas en una silla de ruedas me han enseñado a no separar a mi Salvador del sufrimiento que Él permite, como si una quebradura de cuello –o en su caso, una quebradura de tobillo, un corazón herido o un hogar destruido– sencillamente “suciedera”; y después Dios apareciera para tratar de sacar algo bueno de todo aquello. No, el Dios de la Biblia es más grande que esto. Mucho más grande.

Y así es la capacidad de nuestra alma. Tal vez esta silla de ruedas parecía una tragedia horrible al principio, pero le doy gracias a Dios *en* mi silla de ruedas... Estoy agradecida *por* mi tetraplejia. Es el moretón de una bendición. Un regalo envuelto de color negro. Es la compañía sombría que camina a mi lado cada día, que me lanza y me arrastra a los brazos de mi Salvador. Y *allí* es donde está el gozo.

Mi amiga Nancy Leigh lo explica perfectamente en su precioso nuevo libro *Sea agradecido*. ¡Una explicación que hace falta! Es difícil aferrarse a la gratitud; es difícil encontrar gozo cuando estamos tratando de encontrar la razón de ese dolor intolerable o de ese desengaño desgarrador. Pero Nancy es una buena guía, porque siempre tiene cuidado de no separar a Dios del sufrimiento que Él permite en la vida. Y establece una relación entre la gratitud y el gozo.

Nancy lo guía, paso a paso, a través de pasajes selectos de las Escrituras y profundos conocimientos, en su camino al gozo que viene del cielo. No es una especie de felicidad pasajera, sino un gozo profundo e intenso que simplemente no puede y no será estremecido. Un gozo que además le ayudará a superar aquellas cosas que usted se apresuraría a llamar tragedias.

En *Sea agradecido*, descubrirá que sus aficciones –es decir, su “silla de ruedas”, o cualesquiera sean– están totalmente dentro de los decretos generales de Dios. Sus adversidades y aficciones provienen de la sabiduría y bondad de Dios, y por ello puede estar agradecido. En ello y por ello. Finalmente, Nancy nos revelará dónde se encuentra el poder de hacer esto: Damos gracias por todo *en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*. Sí, es al maravilloso Salvador a quien Nancy Leigh DeMoss siempre exalta. Usted lo descubrirá en este libro especial que tiene en sus manos.

Gracias, Nancy –y lo digo en serio– te *bendigo* no solo por instruirnos, sino por ejemplificarnos que la vida debería ser una continua letanía de gracias a Dios... créame, ¡esta clase de gratitud le vendría muy bien a usted!

Joni Eareckson Tada

Joni and Friends International Disability Center

INTRODUCCIÓN

Su invitación a la transformación

*De modo que si usted pudiera hacer milagros,
no podría hacer más por usted mismo que mediante
este espíritu agradecido;
pues sana con la mención de una palabra,
y transforma todo lo que toca en felicidad.*

WILLIAM LAW¹

Hace varios meses que estoy estudiando cuidadosamente lo que las Escrituras dicen acerca de la gracia de la gratitud. He estado meditando en lo que significa ser agradecido, y por qué es importante ser agradecido.

Esto no ha sido tan solo un ejercicio académico para mí. Ha sido mucho más que eso. El Señor me ha llevado a emprender un camino personal; un camino que aún estoy transitando. Me ha mostrado cuán vital es adiestrar mi corazón a responder ante todo en la vida con un espíritu agradecido, incluso en circunstancias y épocas malas y difíciles.

Esta travesía no siempre ha sido fácil; en el trayecto Él me ha hecho ver cosas de mi corazón que no eran muy bonitas. Su Espíritu me ha

traído convicción cuando mis respuestas bajo presión se han comparado con lo que he aconsejado y motivado a otras personas (¡y desde luego cuando se han comparado con las normas de su Palabra!).

Pero éste ha sido un proceso bueno y necesario en mi vida, y los cambios que Él está efectuando en mi perspectiva y mi carácter, así como la libertad que viene de decir: “¡Sí, Señor!” han compensado en gran medida las difíciles circunstancias. (Hablaré más de este proceso en “Una posdata personal” de la página 149).

Este libro es una invitación a transitar juntos este camino. Quiero que vea lo que yo he visto. Y quiero que experimente el gozo renovado que siento cuando elimino la maleza persistente de la ingratitud y decido cultivar un corazón agradecido. Sin embargo, antes de comenzar quiero que haga un alto por un momento y reflexione en el lugar al que nos dirigimos y por qué creo que es tan importante que usted llegue a ese lugar.

Antes de escribir este libro, si alguien me preguntaba: “¿Es usted una persona agradecida?”, me hubiera evaluado por “encima el promedio” en este ámbito. Y pienso que aquellos que me conocen en general estarían de acuerdo.

En gran parte, gracias a que mis padres insistían en que lo primero que se debía hacer después de recibir un regalo era enviar una nota de agradecimiento, la importancia de expresar gratitud quedó grabada en mí desde los primeros años de mi vida. Forma parte de tener buenos modales, ¿verdad? Es señal de buena educación. Aunque no siempre lo apreciaba en aquel entonces, hoy día estoy agradecida por la formación que recibí.

A lo largo de los años, he tratado de hacer de la gratitud un estilo de vida. Y he experimentado muchas de las bendiciones que acompañan a la “actitud de agradecimiento”.

Sin embargo, he visto que si no soy muy diligente en rechazar la ingratitud y poner en práctica la gratitud, con demasiada facilidad

me dejo engañar por la contracorriente de la vida en un mundo caído. Me comienzo a enfocar en las cosas que no tengo y quisiera tener, o en las cosas que quisiera tener y no tengo. Mi vida comienza a parecerme difícil, aburrida y agobiante.

A veces, en el curso de la escritura de este libro, me he permitido regresar a esa peligrosa corriente. Y he visto que la falta de gratitud se manifiesta en nerviosismo, quejas y resentimiento; ya sea dentro de los límites de mis propios pensamientos o, aún peor, al expresarles mis pensamientos a los demás.

Pero en esos momentos, al quedarme sin aliento y sentir que me hundía, he descubierto que *realmente la gratitud es el salvavidas de mi vida*. Aun en las aguas más turbulentas, el agradecimiento me rescata de mí misma y de mis emociones descontroladas. Me mantiene a flote sobre la gracia de Dios y me impide hundirme en lo que, de otra manera, sería mi tendencia natural hacia la duda, la negatividad, el desaliento y la ansiedad.

Con el tiempo, ser agradecido implica tener gozo. Pero ser agradecido no se consigue sin esfuerzo e intencionalidad. Es una decisión que requiere renovar constantemente nuestra *mente* con la verdad de la Palabra de Dios, determinar que nuestro *corazón* se deleite en Dios y en sus dones, y disciplinar nuestra *lengua* para decir palabras que reflejen su bondad y su gracia, hasta que un espíritu de agradecimiento llegue a ser nuestra respuesta reflexiva ante todo en la vida.

UN SECRETO PODEROSO

En las páginas que siguen, voy a motivarle a ser agradecido; primero y principal, porque es la respuesta adecuada a un Dios bueno y misericordioso que nos ha hecho libres de nuestra culpa.

Pero, aunque sea desde el punto de vista del interés personal, ser agradecido parece lógico.

En gran medida, su bienestar emocional, mental, físico y espiri-

tual, así como la solidez y estabilidad de sus relaciones con los demás, se determinará por el grado de su gratitud.

Cultivar un corazón agradecido es un bastión contra la amargura, la irritabilidad y la antipatía. Un hijo de Dios agradecido no puede dejar de ser una persona gozosa, apacible y animada.

Si usted se da cuenta de que el desaliento, la depresión, el temor o la ansiedad lo acompañan frecuentemente, puede que tienda a atribuirlo a las circunstancias difíciles o dolorosas que está atravesando. Pero quiero que entienda que aunque la etapa o las circunstancias de su vida sean adversas, su estado de ánimo está más relacionado con su necesidad de desarrollar un corazón agradecido que con las circunstancias dolorosas que está atravesando.

¿De qué otra forma puede explicarse que haya creyentes en todo el mundo—desde tiempos antiguos hasta el presente— que sobreviven con mucho menos de lo que la mayoría de nosotros pueda imaginar, y sufren el tormento de continuas pruebas y tragedias, pero aún así manifiestan una paz y un gozo incontenibles?

Me sorprendí acerca de un comentario hecho por el teólogo y escritor Dr. Wayne Grudem en una entrevista en línea. Cuando C. J. Mahaney le preguntó por los ámbitos de su ministerio donde era susceptible al desaliento, el Dr. Grudem respondió: “Sinceramente, *por lo general no suelo desanimarme*. Veo evidencia de la mano de Dios en mi vida y en la vida de aquellos que me rodean, y *simplemente mi corazón se llena de gratitud hacia Él*”² (cursivas añadidas).

Esta es una palabra oportuna para el tiempo que estamos viviendo. En medio de los embargos hipotecarios masivos, una elevada tasa de desempleo, una deuda nacional en alza y las cuentas de retiro reducidas aquí en los Estados Unidos, junto a las incesantes noticias de crisis, escasez y enfermedad mundial, cada vez es más natural que las personas se desalienten e incluso que lleguen a sentir que Dios ha abandonado a este mundo. Para aquellos que aman y siguen a Cristo,

el aumento notable del secularismo y la relatividad moral constituye una mayor tentación al desánimo.

Estoy convencida de que debemos cultivar la gracia y la disciplina espiritual de la gratitud si no queremos perder el equilibrio en estos días. Una clave importante para no dejarse abrumar por lo que sucede a nuestro alrededor es buscar evidencias de la mano de Dios en medio del caos, para que simplemente nuestro corazón se llene de gratitud hacia Él.

Me llama mucho la atención la cantidad de veces que las Escrituras –particularmente el libro de los Salmos– nos exhortan a dar gracias, alabar al Señor y cantar al Señor. Y mucho más, al reconocer cuántos de aquellos pasajes fueron escritos por alguien que estaba en una situación desesperada.

Hay una razón de este constante llamado bíblico a ser personas agradecidas. Esto nos muestra un secreto poderoso, pero un secreto que muy pocos conocen, que se pasa por alto en muchas antologías que he consultado acerca de las virtudes cristianas.

Como veremos, la gratitud no es simplemente una virtud secundaria en la vida cristiana; es vital. Y es transformacional. Creo realmente que un espíritu agradecido, enraizado en el fundamento de la bondad y la gracia de Dios, causará un efecto radical en la manera de ver y responder ante *todo* en la vida.

De modo que únase a mí para analizar juntos esta característica simple, pero peculiar, llamada gratitud. Oro para que éste sea un camino hacia un mayor gozo y libertad; un camino para estar más cerca del corazón de Dios.

CAPÍTULO UNO

El poder de la gratitud

*Procure cultivar una percepción fuerte y entusiasta
de la inmensa bondad de Dios en su vida diaria.*

ALEXANDER MACLAREN¹

¡Gracias!

Esta palabra probablemente fue una de las primeras que usted dijo.

Mientras escribo este libro, una joven familia está viviendo con nosotros por un tiempo prolongado, entre tanto hacen los trabajos de remodelación en la casa que compraron. En este momento, su pequeña niña tiene diecisiete meses y está comenzando a decir palabras que son (casi) inteligibles. (La otra noche, mientras ella y yo “leíamos” un libro de Winnie the Pooh, dijo “Tigre” por primera vez. Fue un momento especial para su “tía Nancy” y sus padres que presenciaron el suceso).

Antes que Katelynn cumpliera un año, su mamá y su papá habían comenzado a enseñarle a decir “por favor” y “gracias”. Aunque todavía no puede decirlas bien, está entendiendo el concepto y se ha

vuelto diestra con las señales de manos que ellos le han enseñado a usar para expresar “por favor” y “gracias”.

En prácticamente todos los idiomas, “gracias” es parte del vocabulario básico. Con excepción de aquellos que tienen deficiencias auditivas o verbales, no es difícil pronunciarla. Pero hay mucha diferencia entre tener la capacidad de decir “gracias” y tener realmente un corazón agradecido.

¿Qué lugar ocupa la gratitud en su lista de virtudes cristianas?

En un repertorio que debería incluir cosas como fe que mueve montañas, obediencia radical, longanimidad paciente y el sacrificio de la segunda milla, para muchos, la gratitud es como un complemento opcional. Agradable si se la puede recibir, pero sin ninguna incidencia en el buen desarrollo de la vida.

Si en nuestra mente hubiera una escala de A, B y C de las características cristianas, es probable que la gratitud ocupe uno de los niveles más bajos, junto a la hospitalidad, el entusiasmo y asistir a la iglesia los domingos a la noche. Pensamos que la gratitud podría estar incluida en los modelos de lujo, pero que definitivamente no se incluye en el paquete básico, ni siquiera en la misma categoría de esas otras piezas más importantes de cristianos fuertes.

Y sin embargo...

Este asunto de la gratitud es mucho más importante de lo que su ligera reputación sugiere. Lo que al principio parece ser una pequeña piedra preciosa que hace juego con nuestros objetos más refinados, en realidad es un componente mucho más grávido, poderoso y necesario, para nuestra vida cristiana.

Por ejemplo, trate de mantener una fe constante –sin gratitud– y con el tiempo su fe habrá olvidado cuál es la esencia de su devoción, y se convertirá en una práctica religiosa ineficaz y hueca.

Trate de ser una persona que irradie y muestre amor cristiano –sin

gratitud— y con el tiempo su amor chocará fuertemente contra las escarpadas rocas del desánimo y la desilusión.

Trate de ser una persona que dé de sí sacrificialmente —sin que la ofrenda vaya acompañada de gratitud— y descubrirá que cada gramo de gozo se pierde por entre las grietas de su complejo de mártir.

Como dijo una vez el pastor británico John Henry Jowett: “Cada virtud separada de gratitud está lisiada y camina con dificultad por la senda espiritual”.

*La verdadera
gratitud no es un
ingrediente casual.*

La verdadera gratitud no es un ingrediente casual. Tampoco es un producto aislado, algo que en realidad nunca interviene en la vida y que cómodamente niega la realidad fuera de su propia pequeña isla feliz en algún sitio. No, la gratitud tiene mucho que hacer en nosotros y en nuestro corazón. Y es uno de los medios principales por los cuales Dios inyecta gozo y optimismo a las luchas diarias de la vida.

ALABANZA O QUEJA

La importancia de la gratitud difícilmente pueda exagerarse. He llegado a creer que pocas cosas son más apropiadas en un hijo de Dios que un espíritu agradecido. Del mismo modo, probablemente no haya nada que haga a una persona *menos atractiva* que la falta de un espíritu agradecido.

He aprendido que en cada circunstancia de mi vida, puedo decidir responder de una de las siguientes maneras:

Me puedo *quejar*

o

¡Puedo *alabar*!

Y no puedo alabar sin dar gracias. Simplemente no es posible. Cuando decidimos alabar y dar gracias, especialmente en medio de

circunstancias difíciles, hay una fragancia, un brillo que mana de nuestra vida que bendice al Señor y a los demás.

Por otro lado, cuando sucumbimos ante la queja, la murmuración y la lamentación, terminamos en un tobogán destructivo que finalmente conduce a la amargura y a la ruptura de relaciones.

Las consecuencias de un espíritu desagradecido no son tan visibles como, por ejemplo, las consecuencias de una enfermedad contagiosa. Pero no por ello son menos mortales. La civilización occidental ha caído presa de una epidemia de ingratitud. Como un vapor venenoso, este sutil pecado está contaminando nuestras vidas, nuestros hogares, nuestras iglesias y nuestra cultura.

Un hombre o una mujer agradecidos son un aliento de aire fresco en un mundo contaminado por la amargura y el descontento. Y la persona cuya gratitud es el producto derivado de una respuesta a la gracia redentora de Dios, mostrará la verdad del evangelio de un modo atractivo y convincente.

De modo que, a menos que a usted le encante sentir que el deber lo despierta a las tres de la mañana, o le arruina los planes para su día libre, o le entrega una factura inesperada que no estaba en su presupuesto del mes, no trate de vivir la vida cristiana sin gratitud. Por pura fuerza de voluntad y esfuerzo, usted podría “hacer de tripas corazón” para tener una buena respuesta, pero su cristianismo (presunto) será hueco, riguroso y poco atractivo para los demás.

EL PODER DE LA GRATITUD

Cuando el promotor inmobiliario Peter Cummings asumió su posición como presidente de la Orquesta Sinfónica de Detroit en 1998, comenzó a enviar tarjetas de agradecimiento a cada contribuyente que donaba \$500 o más a la orquesta. No podía soportar la idea de que uno de los patrocinadores de la sinfónica recibiera una carta modelo con su nombre mal escrito accidentalmente, o que uno de sus

amigos recibiera un agradecimiento general con el sello de la firma de Peter.

Entre la multitud de cartas que pasaban por sus manos había una dirigida a Mary Webber Parker, hija de una de las familias líderes de Detroit de una generación anterior y heredera de la fortuna de los grandes almacenes Hudson. Ella se había mudado de Detroit hacía muchísimo tiempo, se había radicado en California y ahora había enviudado; de modo que residía en un asilo de ancianos lujoso en las afueras de Hartford, Connecticut.

Y por alguna razón, ella había decidido enviar una donación única de \$50.000 a la sinfónica de su ciudad natal.

La tarjeta que Peter le envió a Mary era, como de costumbre, solícita y amable... e inesperada. Debe haber sido emocionante para el corazón de esta anciana viuda (que solo había regresado a Detroit dos veces en los últimos veinte años) escuchar acerca del resurgimiento de la orquesta, en parte, hecho posible por su generosa contribución.

Dos semanas más tarde, ella envió otra donación de \$50.000.

A los pocos días, Peter le volvió a escribir para expresarle su inmensa gratitud y prometerle que algún día que estuviera por allí la iría a visitar. Él tendría que viajar desde Michigan para llevar a su hija a matricularse en la universidad de Hartford el otoño siguiente. Pero no tenía intenciones de que la Sra. Parker participara de la campaña de donación anual; “sin ninguna obligación”, como se dice en los círculos de recaudación de fondos. Era sencillamente un intento amable y personal de decirle *gracias*.

Pasaron los meses. Y luego, en una carta fechada el 13 de junio, Mary Webber Parker aceptó que Peter la fuera a visitar en el otoño. Y si le parecía bien, haría una donación, pero esta vez no de \$50.000, sino de \$500.000 para la sinfónica de Detroit.

No solo una vez, sino una vez al año durante cinco años.²

¡Dos millones y medio de dólares!

No por obligación. No por coerción. No porque no tuviera suficientes aspirantes que hicieran lo imposible para persuadirla como benefactora.

Ella lo hizo porque alguien fue agradecido. Genuinamente agradecido.

Ese es el poder estimulante de la gratitud; el poder que ventila el aire viciado de la vida diaria.

EL DESEO DE NUESTRO CORAZÓN

No obstante, me sorprendería pensar que usted podría despertarse esta mañana y decir: “¡Dios mío! Si solo pudiera ser una persona más agradecida, mi vida sería mucho mejor”. La falta de gratitud raras veces se plantea como la raíz de nuestros problemas.

Sin embargo, no me *sorprendería* saber que últimamente ha estado pensando: “Estoy cansada de que mi esposo sea tan desconsiderado conmigo. Yo me desvivo por satisfacer sus necesidades, pero él me da muy poco a cambio. Quisiera que tan solo una vez se detuviera a pensar que hay otras personas además de él en esta casa que tienen necesidades”.

O tal vez: “Siempre he esperado que mis padres se disculparan por haberme colocado en la situación de un niño abusado. Un simple ‘lo siento’ hubiera bastado. Pero todo lo que siempre obtuve fueron excusas y justificaciones; siempre han echado la culpa a los demás. Solo quiero que se interesen por mí. Quiero que reconozcan cuán difícil ha sido vivir con esta realidad y cuánto me ha costado. ¿Por qué no se pueden dar cuenta de esto?”.

O: “Sinceramente, ya ni siquiera estoy seguro de lo que creo. He perdido todo deseo de orar, leer la Biblia o servir al Señor como lo hacía. Ya no me interesa. Y asistir a la iglesia es una obligación. Con todo ese celo espiritual que solía tener; la gente debió haber pensado que estaba loco. Tal vez, lo estaba. Pienso que todos estarían mucho

mejor si simplemente no tuvieran falsas esperanzas de que Dios cumplirá todos sus deseos”.

No es necesario que diga que la vida nos trata mal. Si no es uno de esos pocos ejemplos que di, es un niño difícil, un empleo frustrante, un problema médico grave (o tal vez solo sospechas), un problema con un familiar político que no tiene solución. Podría ser un bajo nivel de solvencia económica, una alteración del sueño, un hábito pecaminoso persistente, o tal vez algo que suele alterar la vida tanto como un largo y extenso divorcio.

Pequeñas. Grandes. Prolongadas. Cotidianas. Hay muchas cosas acerca de nuestras experiencias de vida individuales que ocupan nuestros pensamientos, alimentan nuestros temores y añaden a nuestras preocupaciones. Ya sea que estemos conduciendo en nuestro automóvil hacia alguna parte, o estemos tratando de dormir una siesta, o intentemos prestar atención al sermón del pastor, toda esta “miseria” nos envuelve como una telaraña que no nos podemos sacar de encima.

Intentamos de todo para solucionar estos problemas. Defendemos nuestra posición en contra de las personas que más nos hacen sufrir en la vida. Buscamos el apoyo moral que necesitamos para exteriorizar nuestras quejas y molestias.

A veces nos hundimos en patrones de evasión, con el simple fin de tratar de no pensar en ello. Nos dedicamos a trabajar en un intento por evitar tener que abordar problemas más importantes.

Pero es muy probable que pese a cómo tratemos de hacerles frente a la dificultad y la decepción, debajo de todo ello hay un grito interno que nos impide a muchos de nosotros experimentar lo mejor de Dios en nuestra situación. Con las promesas de Dios aún en vigencia –incluso en medio del dolor y las dificultades– con su paz y su presencia todavía disponibles para aquellos que confían en Él, muy a menudo decidimos buscar nuestro consuelo en estas palabras lastimeras: “¿Por qué justo a mí?”

¿Cuán a menudo ha caído en estas ásperas quejas, con la esperanza de extraer suficiente fortaleza para proteger su corazón de un peligro y daño mayores?

“¿Por qué es tan dura la vida?”.

“¿Por qué las otras personas no pueden ser normales?”.

“¿Por qué me tuvo que pasar esto a mí?”.

“¿Por qué nadie me ama por lo que soy?”.

“¿Por qué Dios no responde mis oraciones?”.

“¿Por qué tengo que vivir así de solo?”.

“¿Por qué la Biblia no me habla a mí como les habla a ellos?”.

“¿Por qué este problema parece no tener fin?”.

“¿Por qué no tengo otra alternativa que aceptar esto?”.

“¿Por qué a mí?”

Sentirse traicionado. Sentirse excluido. Sentirse inferior... maltratado... subestimado. Como un remolino que gira en círculos interminables, que nos hala y nos lleva hacia abajo con cada arrebato de autocompasión, nos hundimos más y más en nuestros problemas.

Nos alejamos de Dios.

Con ingratitud.

“Las personas me dicen que mantenga la cabeza en alto. Me dicen que esto solo durará una etapa. Pero esta ‘etapa’ de la vida se ha extendido demasiado. Y todavía no veo ningún final cercano”.

“Usted me dice que sea agradecido, Nancy. Pero usted nunca estuvo en mi situación. Si tuviera una idea de lo que he estado atravesando, no se apresuraría tanto a decir eso”.

“Estoy tratando de aceptar lo que me está sucediendo, estoy aprendiendo a vivir con ello. ¿Pero tener gratitud? ¿Está diciendo que tengo que *disfrutar* de esto?”

Le aseguro, estimado amigo, que si todo lo que tuviera que decirle fueran dulces banalidades acerca de la gratitud, ni siquiera trataría de responder a declaraciones tan reales como éstas. Si todo lo que

nuestra fe tuviera que ofrecer fueran palabras que solo caben en un servicio religioso o un libro de texto religioso, sería insensible por mi parte expresárselas a alguien que está luchando por sobrevivir.

Pero la verdadera gratitud, centrada en Cristo y motivada por la gracia cabe en todo momento, aun en los momentos y las situaciones difíciles más desesperantes de la vida. Aun cuando no hay “respuestas”, nos da esperanza.

Y transforma a los luchadores más abrumados en conquistadores victoriosos.

La gratitud es un estilo de vida. Un estilo de vida bíblico, difícil y motivado por la gracia.

LA PARTE MÁS IMPORTANTE DE LA GRATITUD

El concepto de la gratitud no se ha perdido completamente en nuestro mundo. Solo hace falta caminar por una tienda de tarjetas en un centro comercial para ver muchos productos en los estantes, decorados con margaritas y colores pastel, que nos motivan a ser agradecidos. Los mensajes de estas tarjetas son inspiradores y se puede apreciar el alivio y solaz que ofrecen en medio de los diversos cambios de la vida.

Pero de alguna manera, muchas de estas expresiones de gratitud parecen más propias de una reunión para tomar el té en nuestra casa, que de la conmoción y confusión de la vida que usted y yo conocemos demasiado bien.

Como puede ver, la gratitud es mucho más que flores color pastel y páginas de un diario personal.

La gratitud es un estilo de vida. Un estilo de vida bíblico, difícil y motivado por la gracia. Y aunque en cierto sentido todos pueden ser agradecidos –pues Dios ha extendido su gracia general a todos– la verdadera gloria y el poder transformador de la gratitud están

reservados para aquellos que conocen y aceptan al Dador de cada buena dádiva y que son receptores de su gracia redentora.

Este libro tiene como objeto descubrir qué es lo que hace que la gratitud caracterice verdaderamente al cristiano. Y cómo hace que la vida, aun con sus golpes y lesiones, sea un gozo de contemplar.

* * *

El punto de partida para este descubrimiento es enfrentarse a dos realidades que, a primera vista, parecen ser cualquier cosa menos un motivo para estar agradecidos: la rebelión humana... y la ejecución de un Hombre inocente.